

FREDY PERLMAN

✕

La reproducción de la vida cotidiana

FREDY PERLMAN

✕

La reproducción de la vida cotidiana

Extraído de: <http://rebeldealegre.blogspot.com/2015/06/fredy-perlman-la-reproduccion-de-la.html>

Originalmente publicado en inglés por Black & Red (*The reproduction of daily life*) en 1969.

Traducción: @rebeldealegre

Ediciones Extáticas

edextaticas@riseup.net / edicionesextaticas.noblogs.org

Ni copyright, ni copyleft, ni propiedad intelectual.

De todos para todos.

Los editores alientan la reproducción y difusión de este texto bajo los medios necesarios.

Este texto fue maquetado en algún rincón de lo que se conoce como Madrid, en el año 2019

La actividad práctica cotidiana de los miembros de una tribu reproduce, o perpetúa, a una tribu. Esta reproducción no es meramente física, sino que también es social. Por medio de sus actividades cotidianas los miembros de una tribu no reproducen meramente a un grupo de seres humanos; reproducen a una tribu, vale decir a una *forma social* particular dentro de la cual este grupo de seres humanos realiza actividades *específicas* en un modo *específico*. Las actividades específicas de los miembros de la tribu no son el resultado de características «naturales» de las personas que las realizan, del modo en que la producción de miel es un resultado de la «naturaleza» de una abeja. La vida cotidiana desplegada y perpetuada por el miembro de la tribu es una respuesta social específica a condiciones materiales e históricas particulares.

La actividad diaria de los esclavos reproduce la esclavitud. Por medio de sus actividades cotidianas, los esclavos no se reproducen meramente a sí mismos y a sus amos físicamente; también reproducen los instrumentos con los que el amo les reprime, y sus propios hábitos de sumisión a la autoridad del amo. Para las personas que viven en una sociedad de esclavos, la relación amo-esclavo parece una relación natural y eterna. Sin embargo, las personas no nacen amas ni esclavas. La esclavitud es una forma social específica, y las personas se someten a ella solo en condiciones materiales e históricas muy particulares.

La actividad práctica diaria de los trabajadores asalariados reproduce el trabajo asalariado y el capital. Por medio de sus actividades cotidianas, las personas «modernas», tal como los miembros de la tribu y los esclavos, reproducen a los habitantes, las relaciones sociales y las ideas de su sociedad; reproducen la *forma social* de la vida cotidiana. Como el sistema de tribu y el de esclavos, el sistema capitalista no es ni natural ni la forma final de la sociedad humana; como las anteriores formas sociales, el capitalismo es una respuesta específica a condiciones materiales e históricas.

Al contrario de las formas anteriores de actividad social, la vida cotidiana en la sociedad capitalista transforma *sistemáticamente* las condiciones materiales a las que el capitalismo respondió originalmente.

Algunos de los límites materiales a la actividad humana pasan gradualmente a estar bajo el control humano. A un alto nivel de industrialización, la actividad práctica crea sus propias condiciones materiales así como también su forma social. Entonces el tema de análisis no es solamente cómo la actividad práctica en la sociedad capitalista reproduce a la sociedad capitalista, sino también cómo esta actividad en sí misma elimina las condiciones materiales a las cuales el capitalismo es una respuesta.

VIDA COTIDIANA EN LA SOCIEDAD CAPITALISTA

La forma social de las actividades regulares de las personas bajo el capitalismo es una respuesta a cierta situación material e histórica. Las condiciones materiales e históricas explican el origen de la forma capitalista, pero no explican por qué esta forma sigue después de que la situación inicial desaparezca. El concepto de «atraso cultural» no es una explicación de la continuidad de una forma social tras la desaparición de las condiciones iniciales a las que respondió. Este concepto es meramente un nombre para la continuidad de la forma social. Cuando el concepto de «atraso cultural» desfila como un nombre para una «fuerza social» que determina a la actividad humana, es una ofuscación que presenta el resultado de las actividades de las personas como una fuerza externa fuera de su control.

Esto no es solo cierto para un concepto como el de «atraso cultural». Muchos de los términos usados por Marx para describir las actividades de las personas han sido elevadas al estatus de fuerzas externas e incluso «naturales» que determinan la actividad de las personas; así, conceptos como «lucha de clases», «relaciones de producción» y particularmente «La Dialéctica» juegan el mismo rol en las teorías de algunos «Marxistas» que el que jugaron «Pecado Original», «Destino» y «La Mano del Destino» en las teorías de los misticadores medievales.

En la realización de sus actividades cotidianas, los miembros de la sociedad capitalista llevan a cabo dos procesos simultáneamente: reproducen la forma de sus actividades, y eliminan las condiciones materiales a las que esta forma de actividad inicialmente respondió. Pero no saben que llevan a cabo estos procesos; sus propias actividades no les son transparentes. Están bajo la ilusión de que sus actividades son respuestas a condiciones naturales fuera de su control y no ven que ellos mismos son los autores de aquellas condiciones. La tarea de la ideología capitalista es mantener el

velo que no deja a las personas ver que sus propias actividades reproducen la forma de su vida cotidiana; la tarea de la teoría crítica es correr el velo de las actividades de la vida cotidiana, para volverles transparentes, para hacer visible la reproducción de la forma social de la actividad capitalista en las actividades cotidianas de las personas.

Bajo el capitalismo, la vida cotidiana consiste en actividades relacionadas que reproducen y expanden la forma capitalista de actividad social. La venta de tiempo de trabajo por un precio (un salario), la encarnación del tiempo de trabajo en mercancías (bienes vendibles, tanto tangibles como intangibles), el consumo de mercancías tangibles e intangibles (como bienes y espectáculos para el consumidor) —estas actividades que caracterizan la vida cotidiana bajo el capitalismo no son manifestaciones de la «naturaleza humana», ni tampoco son impuestas sobre las personas por fuerzas fuera de su control.

Si se sostiene que la persona es «por naturaleza» un miembro de tribu sin ingenio y un negociante ingenioso, un esclavo sumiso y un orgulloso artesano, un cazador independiente y un trabajador asalariado dependiente, entonces o bien la «naturaleza» de la persona es un concepto vacío, o la «naturaleza» de la persona depende de condiciones materiales e históricas, y es en realidad una respuesta a esas condiciones.

ALIENACIÓN DE LA ACTIVIDAD DE VIVIR

En la sociedad capitalista, la actividad creativa adopta la forma de producción de mercancías, es decir producción de bienes comercializables, y los resultados de la actividad humana adoptan la forma de mercancías.

El ser comerciable o vendible es la característica de toda actividad práctica y de todos los productos. Los productos de la actividad humana que son necesarios para la supervivencia tienen la forma de bienes vendibles: solo están disponibles a cambio de dinero. Y el dinero está solamente disponible a cambio de mercancías. Si un gran número de personas acepta la legitimidad de estas convenciones, si aceptan la convención de que las mercancías son un prerequisite para el dinero, y que el dinero es un prerequisite para la supervivencia, entonces se hallan encerradas en un círculo vicioso. Ya que no tienen mercancías, su única salida de este círculo es considerarse a sí mismos, o parte de sí mismos, como mercancías. Y esta es, de hecho, la peculiar «solución» que las personas se imponen a sí mismas de cara a las condiciones materiales e históricas específicas. No intercambian sus cuerpos o partes de sus cuerpos por dinero. Intercambian el contenido creativo de sus vidas, su actividad práctica cotidiana, por dinero.

Tan pronto como las personas acepten el dinero como un equivalente a la vida, la venta de actividad de vida se vuelve una condición para su supervivencia física y social. La vida es intercambiada por supervivencia. La creación y la producción llegan a significar actividad vendida. La actividad de una persona es «productiva», útil a la sociedad, solo cuando es actividad vendida. Y la persona misma es un miembro productivo de la sociedad solo si las actividades de su vida diaria son actividades vendidas. Tan pronto como las personas aceptan los términos de este intercambio, la actividad cotidiana toma la forma de prostitución universal.

El poder creativo vendido, o la actividad cotidiana vendida, toma la forma de *trabajo*; el trabajo es una forma históricamente específica de actividad humana; el trabajo es actividad abstracta que tiene solo una propiedad; es comercializable; puede ser vendido por una cantidad de dinero dada; el trabajo es actividad *indiferente*; indiferente a la tarea particular realizada e indiferente al tema particular al que la tarea se dirige. Excavar, imprimir y tallar son distintas actividades, pero las tres son *trabajo* en la sociedad capitalista; el trabajo es simplemente «ganar dinero». La actividad de vida que toma la forma de trabajo es un medio para ganar dinero. La vida se vuelve un *medio de supervivencia*.

Esta reversión irónica no es el clímax dramático de una novela imaginativa; es un hecho de la vida cotidiana en la sociedad capitalista. La supervivencia, llámese la auto-preservación y reproducción, no es el medio para la actividad creativa práctica, sino precisamente al revés. La actividad creativa en la forma de *trabajo*, llámese *actividad vendida*, es una *dolorosa necesidad* para la supervivencia; el trabajo es el medio para la auto-preservación y la reproducción.

La venta de actividad de vida trae consigo otra reversión. A través de la venta, el trabajo de un individuo se vuelve «propiedad» de otro, es apropiado por otro, cae bajo el control de otro. En otras palabras, la actividad de una persona se vuelve la actividad de otra, la actividad de su dueño; se vuelve *extraña* para la persona que la realiza. Así la propia *vida*, los logros de un individuo en el mundo, la diferencia que hace su vida en la vida de la humanidad, no solo son transformados en *trabajo*, una condición dolorosa para la supervivencia; son transformados en actividad extraña, actividad realizada por el comprador de ese trabajo. En la sociedad capitalista, los arquitectos, los ingenieros, los obreros, no son constructores; la persona que compra su trabajo es el constructor; sus proyectos, cálculos y movimientos les son extraños; su actividad de vida, sus logros, son de esa persona.

Los sociólogos académicos, que dan por hecho la venta de trabajo, comprenden esta alienación del trabajo como un sentimiento: la actividad del trabajador «aparece» extraña al trabajador, «parece» estar controlada por otro. Sin embargo, todo trabajador puede explicar a los sociólogos académicos que la alienación no es ni un sentimiento ni una idea en su cabeza, sino un hecho real de su vida cotidiana. La actividad vendida es de *hecho* extraña al trabajador; su trabajo es *de hecho* controlado por su comprador. En intercambio por su actividad vendida, el trabajador obtiene dinero, el medio convencionalmente aceptado de supervivencia en la sociedad capitalista. Con este dinero puede comprar mercancías, cosas, pero no puede volver a comprar su actividad. Esto revela un peculiar «vacío» en el dinero como «equivalente universal». Una persona puede vender mercancías por dinero, y puede comprar las mismas mercancías con dinero. Puede vender su actividad de vida por dinero, pero no puede comprar su actividad de vida por dinero. Las cosas que el trabajador compra con su salario son primero que nada bienes de consumo que le permiten sobrevivir, para reproducir su fuerza de trabajo de manera que pueda seguir vendiéndola. Y son espectáculos, objetos para la admiración pasiva. Consume y admira los productos de la actividad humana pasivamente. No existen en el mundo como agente activo que lo transforma. Pero como espectador desamparado e impotente puede llamarle a este estado de admiración impotente «felicidad» y dado que el trabajo es *doloroso*, puede desear ser «feliz», vale decir inactivo, toda su vida (una condición similar a haber nacido muerto). Las mercancías, los espectáculos, *le consumen*; utiliza energía de vida en la admiración pasiva; es consumido por las cosas. En este sentido, mientras más tiene, menos es. (Un individuo puede superar esta muerte en vida a través de la actividad creativa marginal; pero la población no puede, excepto aboliendo la forma capitalista de actividad práctica, mediante la abolición del trabajo asalariado y por ende des-alienando la actividad creativa.)

EL FETICHISMO DE LA MERCANCÍA

Al alienar su actividad y encarnarla en mercancías, en receptáculos materiales del trabajo humano, las personas se reproducen a sí mismas y crean Capital. Desde el punto de vista de la ideología capitalista, y particularmente de la Economía académica, esta frase no es cierta: las mercancías «no son producto del trabajo solamente»; son producidas por los primordiales «factores de producción», Tierra, Trabajo y Capital, la Santa Trinidad capitalista, y el principal factor es obviamente el héroe de la obra, el Capital. El propósito de esta Trinidad superficial no es el análisis, ya que el análisis no es por lo que a estos Expertos se les paga. Se les paga para oscurecer, para enmascarar la forma social de la actividad práctica bajo el capitalismo, para ocultar el hecho de que los productores se reproducen a sí mismos, a sus explotadores, como también a los instrumentos con los que son explotados. La fórmula de la Trinidad no logra convencer. Es obvio que la *tierra* no es más un productor de mercancías que el agua, el aire, o el sol. Además el *Capital*, que simultáneamente es un nombre para una relación social entre trabajadores y capitalistas, para los instrumentos de producción poseídos por un capitalista, y para el equivalente en dinero de sus instrumentos e «intangibles», no produce nada más que las eyaculaciones moldeadas en forma publicable por los Economistas académicos.

Incluso los instrumentos de producción que son el capital de un capitalista son «factores de producción» primordiales solo si las gafas de uno le limitan la visión a una firma capitalista aislada, ya que una visión de la economía completa revela que el capital de un capitalista es el receptáculo material del trabajo alienado a otro capitalista. Sin embargo, aunque la fórmula de la Trinidad no convence, sí cumple la tarea de oscurecimiento al cambiar el tema en cuestión: en vez de preguntar por qué la actividad de las personas bajo el capitalismo toma la forma de trabajo asalariado,

los potenciales analistas de la vida cotidiana capitalista son transformados en académicos Marxistas-de-hogar que preguntan si es que el trabajo es o no el único «factor de producción».

Así la Economía (y la ideología capitalista en general) trata a la tierra, el dinero, y a los productos del trabajo, como cosas que tienen el poder de producir, de crear valor, de trabajar para sus dueños, de transformar el mundo. Esto es lo que Marx llamó el *fetichismo* que caracteriza a las concepciones cotidianas de las personas, y que es elevado al nivel de dogma por la Economía. Para el economista, las personas vivas son *cosas* («factores de producción»), y las cosas viven (el dinero «trabaja», el Capital «produce»). El adorador del fetiche atribuye el producto de su propia actividad a su fetiche. Como resultado, deja de ejercer su propio poder (el poder de transformar la naturaleza, el poder de determinar la forma y el contenido de su vida cotidiana); ejerce solamente aquellos «poderes» que atribuye a su fetiche (el «poder» de comprar mercancías). En otras palabras, el adorador del fetiche se castra y atribuye virilidad a su fetiche. Pero el fetiche es una cosa muerta, no un ser vivo; no tiene virilidad. El fetiche no es más que una cosa por la cual, y a través de la cual, las relaciones capitalistas se mantienen.

El misterioso poder del Capital, su «poder» de producir, su virilidad, no reside en sí mismo, sino en el hecho de que las personas alienen su actividad creativa, de que vendan su trabajo a los capitalistas, de que materialicen o reifiquen su trabajo alienado en mercancías. En otras palabras, las personas son compradas con los productos de su propia actividad, pero ven su propia actividad como la actividad del Capital, y sus propios productos como los productos del Capital. Al atribuir el poder creativo al Capital y no a su propia actividad, renuncian a su actividad de vida, a su vida cotidiana, entregándosela al Capital, lo que significa que las personas *se entregan* a diario a la personificación del Capital, el capitalista.

Al vender su trabajo, al alienar su actividad, las personas reproducen a diario las personificaciones de las formas dominantes de actividad bajo el capitalismo; reproducen al trabajador asalariado y al capitalista. No reproducen meramente a los individuos físicamente, sino socialmente también; reproducen a los individuos que son vendedores de fuerza de trabajo, y a los individuos que son dueños de los medios de producción; reproducen a los individuos como también a las actividades específicas, la venta como también la propiedad.

Cada vez que las personas realizan una actividad no se tienen a sí mismos definidos y no controlan, cada vez que pagan por bienes que produjeron con dinero que recibieron a cambio de su actividad alienada, cada vez que admiran pasivamente los productos de su propia actividad como objetos extraños procurados por su dinero, le dan nueva vida al Capital y aniquilan sus propias vidas. El propósito del proceso es la reproducción de la relación entre el trabajador y el capitalista. Sin embargo, este no es el propósito de los agentes individuales involucrados en él. Sus actividades no les son transparentes; sus ojos están fijos en el fetiche que se sitúa entre el acto y su resultado.

El agente individual mantiene sus ojos fijos en las cosas, precisamente aquellas cosas por las que las relaciones capitalistas son establecidas. El trabajador como productor apunta a intercambiar su trabajo cotidiano por salarios en dinero, apunta precisamente a la cosa por medio de la cual su relación con el capitalista se restablece, la cosa por medio de la cual se reproduce a sí mismo como trabajador asalariado y al otro como capitalista.

El trabajador como consumidor intercambia su dinero por productos del trabajo, precisamente las cosas que el capitalista tiene que vender para así hacer realidad su Capital. La transformación cotidiana de la actividad de vida en Capital es mediada por las cosas, no es *llevada a cabo* por las cosas. El adorador del fetiche no sabe esto; para él el trabajo y la tierra, los instrumentos y el dinero,

los empresarios y banqueros, son todos «factores» y «agentes». Cuando un cazador que usa un amuleto derriba a un venado con una piedra, él podría considerar al amuleto como «factor» esencial en el derribar al venado e incluso en proporcionar al venado como objeto a ser derribado.

Si él es un adorador de fetiche responsable y bien educado, dedicará su atención a su amuleto, nutriéndolo con cuidado y admiración; para mejorar las condiciones materiales de su vida, mejorará el modo en que usa su fetiche, no el modo en que lanza la piedra; en apuros, puede que incluso envíe a su amuleto a «cazar» por él. Sus actividades cotidianas no le son transparentes: cuando come bien, falla en ver que es su propia acción de lanzar la piedra, y no la acción del amuleto, lo que proporcionó su alimento; cuando tiene hambre, falla en ver que es su propia acción de adorar al amuleto en vez de cazar, y no la ira de su fetiche, lo que causa su hambre.

El fetichismo de las mercancías y el dinero, la mistificación de las propias actividades cotidianas, la religión de la vida diaria que atribuye actividad viviente a cosas inanimadas, no es un capricho mental nacido en la imaginación de la persona; tiene su origen en el carácter de las relaciones sociales bajo el capitalismo. Las personas sí se relacionan de hecho unas con otras por medio de cosas; el fetiche es de hecho la ocasión por la cual actúan colectivamente, y por medio de la cual reproducen su actividad.

Pero no es el fetiche el que realiza la actividad. No es el Capital el que transforma las materias primas, ni es el Capital el que produce bienes. Si la actividad de vida no transformara la materia prima, ésta permanecería sin transformar, inerte, materia muerta. Si las personas no estuvieran dispuestas a seguir vendiendo su actividad de vida, la impotencia del Capital sería revelada; el Capital dejaría de existir; su última potencia remanente sería el poder de recordarle a las personas una forma desviada de vida cotidiana caracterizada por la prostitución universal diaria.

El trabajador aliena su vida para preservar su vida. Si no vendiera su actividad de vida no podría obtener un salario y no podría sobrevivir. Sin embargo, no es el salario el que hace a la alienación la condición para la supervivencia. Si las personas no estuvieran dispuestas colectivamente a vender sus vidas, si estuviesen dispuestas a tomar el control de sus propias actividades, la prostitución universal no sería una condición para la supervivencia. Es la disposición de las personas a seguir vendiendo su trabajo, y no las *cosas* por las que lo venden, lo que hace necesaria a la alienación de la actividad de vida para la preservación de la vida.

La actividad de vida vendida por el trabajador es comprada por el capitalista. Y no es solamente esta actividad de vida lo que le insufla vida al Capital y le vuelve «productivo». El capitalista, un «propietario» de materias primas e instrumentos de producción, presenta objetos naturales y productos del trabajo de otras personas como su «propiedad privada». Pero no es el poder misterioso del Capital el que crea la «propiedad privada» del capitalista; la actividad de vida es lo que crea la «propiedad», y la forma de esa actividad es lo que la mantiene «privada».

TRANSFORMACIÓN DE LA ACTIVIDAD DE VIDA EN CAPITAL

La transformación de la actividad de vida en Capital toma lugar a través de las cosas, cotidianamente, pero no es llevada a cabo por las cosas. Las cosas que son productos de la actividad humana *parecen* ser agentes activos porque las actividades y contactos son establecidas para y a través de las cosas, y porque las actividades de las personas no les son transparentes; confunden el objeto mediador con la causa.

En el proceso de producción capitalista, el trabajador encarna o materializa su energía de vida alienada en un objeto inerte al usar los instrumentos que son encarnaciones de la actividad de otras personas.

Los sofisticados instrumentos industriales encarnan la actividad intelectual y manual de incontables generaciones de inventores, mejoradores y productores de todos los rincones del globo y de diversas formas de sociedad. Los instrumentos en sí mismos son objetos inertes; son encarnaciones materiales de la actividad de vida, pero no están vivas en sí mismas. El único agente activo en el proceso de producción es el trabajador vivo. Él usa los productos del trabajo de otras personas y les infunde de vida, por así decirlo, pero la vida es la suya; él no es capaz de resucitar a los individuos que almacenaron su actividad de vida en su instrumento. El instrumento podría permitirle hacer más durante un período dado de tiempo, y en este sentido podría elevar su productividad. Pero solamente el trabajo vivo que es capaz de producir puede ser productivo.

Por ejemplo, cuando un trabajador industrial utiliza un torno eléctrico, usa productos del trabajo de generaciones de físicos, inventores, ingenieros eléctricos, fabricantes de tornos. Él es obviamente más productivo que un artesano que esculpe el mismo objeto a mano. Pero no es en ningún sentido el «Capital» en

disposición del trabajador industrial lo que es más «productivo» que el «Capital» del artesano. Si generaciones de actividad intelectual y manual no hubiesen sido encarnadas en el torno eléctrico, si el trabajador industrial hubiese tenido que inventar el torno, la electricidad, y el torno eléctrico, entonces le llevaría numerosas vidas convertir un solo objeto en un torno eléctrico, y no hay cantidad de Capital que pudiese elevar su productividad sobre la del artesano que esculpe el objeto a mano.

La idea de «productividad del capital», y particularmente la medición detallada de esa «productividad», son invenciones de la «ciencia» de la Economía, aquella religión de la vida cotidiana capitalista que agota la energía de las personas en la adoración, admiración y adulación del fetiche central de la sociedad capitalista. Los colegas medievales de estos «científicos» realizaron detalladas mediciones de la altura y ancho de los ángeles en el Cielo, sin preguntar siquiera alguna vez qué eran los ángeles o el Cielo, y dando por hecho la existencia de ambos.

El resultado de la actividad vendida del trabajador es un producto que no le pertenece. Este producto es una encarnación de su trabajo, una materialización de una parte de su vida, un receptáculo que contiene a su actividad de vida, pero que no es suyo; es extraño a él como lo es su trabajo. Él no decidió hacerlo, y cuando está hecho él no dispone de ello. Si lo quiere, tiene que comprarlo. Lo que ha hecho no es simplemente un producto con ciertas propiedades útiles. Para eso él no necesitaba vender su trabajo a un capitalista a cambio de un salario. Necesita solamente haber tomado los materiales necesarios y las herramientas disponibles, necesita solamente haber moldeado los materiales guiado por sus fines y limitado por su conocimiento y habilidad. Es obvio que un individuo puede hacer esto solo marginalmente. La apropiación y uso de los materiales y herramientas disponibles a una persona pueden solamente tomar lugar después del derrocamiento de la forma capitalista de actividad.

Lo que el trabajador produce bajo condiciones capitalistas es un producto con una propiedad muy específica, la propiedad de ser vendible. Lo que su actividad alienada produce es una *mercancía*.

Ya que la producción capitalista es producción de mercancías, la afirmación de que la finalidad del proceso es la satisfacción de las necesidades humanas es falsa; es una racionalización y una apología. La «satisfacción de las necesidades humanas» no es la finalidad del capitalista ni del trabajador implicado en la producción, y tampoco es un resultado del proceso. El trabajador vende su trabajo para obtener un salario. El contenido específico del trabajo le es indiferente. Él no aliena su trabajo para un capitalista que no le de un salario a cambio, no importa cuántas necesidades humanas puedan satisfacer los productos de este capitalista. El capitalista compra trabajo y lo embarca en la producción para emerger con mercancías que puedan ser vendidas.

Él es indiferente a las propiedades específicas del producto, tal como es indiferente a las necesidades de las personas. Todo lo que le interesa del producto es por cuánto lo venderá, y todo lo que le interesa de las necesidades de las personas es cuánto «necesitan» comprar y cómo pueden ser coaccionados, a través de la propaganda y del acondicionamiento psicológico, a «necesitar» más. La finalidad del capitalista es satisfacer *su* necesidad de reproducir y agrandar su Capital, y el resultado del proceso es la reproducción expandida de trabajo asalariado y Capital (los cuales no son «necesidades humanas»).

La mercancía producida por el trabajador es intercambiada por el capitalista por una cantidad específica de dinero; la mercancía es un valor que se intercambia por un valor equivalente. En otras palabras, el trabajo vivo y pasado materializado en el producto puede existir en dos formas distintas pero equivalentes, en mercancías y en dinero, o en lo que es común a ambos, *valor*. Esto no quiere decir que el valor es trabajo. El valor es la *forma social* de trabajo reificado (materializado) en la sociedad capitalista.

Bajo el capitalismo, las relaciones sociales no se establecen directamente; son establecidas a través del valor. La actividad cotidiana no se intercambia directamente; es intercambiada *en forma de valor*. En consecuencia, lo que ocurre a la actividad de vida bajo el capitalismo no puede ser rastreado observando la actividad misma, sino solamente siguiendo las metamorfosis del valor.

Cuando la actividad de vida de las personas toma la forma de *trabajo* (actividad alienada), adquiere la propiedad de intercambiabilidad; adquiere la forma de valor. En otras palabras, el trabajo puede ser intercambiado por una cantidad «equivalente» de dinero (salarios). La alienación deliberada de la actividad de vida, que es percibida como necesaria para la supervivencia por los miembros de la sociedad capitalista, reproduce ella misma la forma capitalista dentro de la cual la alienación es necesaria para la supervivencia. Debido al hecho de que la actividad de vida tiene la forma de valor, los productos de esa actividad deben también tener la forma de valor: deben ser intercambiables por dinero.

Esto es obvio ya que, si los productos del trabajo no asumieran la forma de valor, sino por ejemplo la forma de objetos útiles a disposición de la sociedad, entonces o bien permanecerían en la fábrica o serían tomados libremente por los miembros de la sociedad cuando les surgiese una necesidad; en cualquier caso, los salarios en dinero recibidos por los trabajadores no tendrían *valor* alguno, y la actividad de vida no podría ser *vendida* por una cantidad «equivalente» de dinero; la actividad de vida no podría ser alienada.

En consecuencia, tan pronto como la actividad de vida asume la forma de valor, los productos de esa actividad adoptan la forma de valor, y la reproducción de la vida cotidiana toma lugar por medio de cambios o metamorfosis de valor.

El capitalista vende los productos del trabajo en un mercado; los intercambia por una suma equivalente de dinero; hace realidad un determinado valor. La magnitud específica de este valor en un mercado particular es el precio de las mercancías. Para el Economista académico, el Precio es la llave de San Pedro para las puertas del Cielo. Como el Capital mismo, el Precio se mueve dentro de un mundo maravilloso compuesto totalmente de objetos. Los objetos tienen relaciones humanas unos con otros, y están vivos. Se transforman los unos en los otros, se comunican unos con otros; se casan y tienen hijos. Y por supuesto es solamente por medio de la gracia de estos objetos inteligentes, poderosos y creativos que las personas pueden ser tan felices en la sociedad capitalista.

En las representaciones pictóricas del Economista de los funcionamientos del cielo, los ángeles hacen todo y las personas no hacen nada en absoluto; las personas simplemente disfrutan lo que estos seres superiores hacen por ellos. El Capital no solamente produce y el dinero trabaja; otros seres misteriosos tienen virtudes similares. Así la Oferta, una cantidad de cosas que se venden, y la Demanda, una cantidad de cosas que se compran, juntas determinan el Precio, un cantidad de dinero; cuando la Oferta y la Demanda se casan en un punto particular del diagrama, dan nacimiento al Precio de Equilibrio, que corresponde a un estado de dicha universal. Las actividades de la vida cotidiana son realizadas por cosas, y las personas son reducidas a cosas («factores de producción») durante sus horas productivas, y a espectadores pasivos de cosas durante su «tiempo libre».

La virtud del Científico Economista consiste en su habilidad para atribuir el resultado de las actividades cotidianas de las personas a cosas, y de su inhabilidad de ver la actividad de vida de las personas bajo las gracias de las cosas. Para el Economista, las cosas a través de las cuales la actividad de las personas es regulada bajo el capitalismo son ellas mismas las madres e hijas, las causas y

las consecuencias de su propia actividad. La magnitud del valor, es decir el precio de una mercancía, la cantidad de dinero por el cual se intercambia, no está determinado por las cosas, sino por las actividades cotidianas de las personas. Oferta y Demanda, competencia perfecta e imperfecta, son nada más que formas sociales de productos y actividades en la sociedad capitalista; no tienen vida propia. El hecho de que la actividad sea alienada, es decir que el tiempo de trabajo es vendido por una suma específica de dinero, que tenga cierto valor, tiene varias consecuencias para la magnitud del valor de los productos de ese trabajo. El valor de las mercancías vendidas debe al menos ser igual al valor del tiempo de trabajo, esto es obvio tanto desde el punto de vista de la firma capitalista individual, como desde el punto de vista de la sociedad como un todo. Si el valor de las mercancías vendidas por el capitalista individual fuese menor al valor del trabajo que contrató, entonces sus gastos por trabajo solamente serían mayores que sus ganancias, y entonces pronto se iría a la bancarrota.

Socialmente, si el valor de la producción de los trabajadores fuese menor al valor de su consumo, entonces la fuerza de trabajo no podría siquiera reproducirse a sí misma, qué decir de una clase de capitalistas. Sin embargo, si el valor de las mercancías fuese meramente igual al valor del tiempo de trabajo gastado en ellas, los productores de mercancías se reproducirían meramente a sí mismos, y su sociedad no sería una sociedad capitalista; su actividad podría aún consistir de producción de mercancías, pero no sería una producción capitalista de mercancías.

Para que el trabajo cree Capital, el valor de los productos del trabajo debe ser mayor al valor del trabajo. En otras palabras, la fuerza de trabajo debe producir un plusproducto, una cantidad de bienes que no consume, y este plusproducto debe ser transformado en plusvalor, una forma de valor que no es apropiado por los trabajadores en forma de salario, sino por los capitalistas en forma de utilidades.

Más aún, el valor de los productos del trabajo debe ser aún mayor, dado que el trabajo vivo no es el único tipo de trabajo materializado en ellos. En el proceso de producción, los trabajadores gastan su propia energía, pero también usan el trabajo almacenado de otros como instrumentos, y moldean los materiales sobre los que el trabajo fue anteriormente gastado.

Esto conduce al extraño resultado de que el valor de los productos del trabajador y el valor de su salario son magnitudes distintas, es decir que la suma de dinero recibida por el capitalista cuando vende las mercancías producidas por sus trabajadores contratados es distinta a la suma que paga a los trabajadores.

Esta diferencia no se explica por el hecho de que los materiales y herramientas usados deban ser pagados. Si el valor de las mercancías vendidas fuese igual al valor del trabajo vivo y los instrumentos, aún no habría cabida para los capitalistas. El hecho es que la diferencia entre las dos magnitudes debe ser lo suficientemente grande como para sustentar a una clase de capitalistas — no solo a los individuos, sino que también a la actividad específica que estos individuos realizan, es decir, la compra de trabajo. La diferencia entre el valor total de los productos y el valor del trabajo gastado en su producción es el plusvalor, la semilla del Capital.

Para localizar el origen del plusvalor, es necesario examinar por qué el valor del trabajo es menor al valor de las mercancías producidas por éste. La actividad alienada del trabajador transforma materias con la ayuda de instrumentos, y produce cierta cantidad de mercancías. Sin embargo, cuando estas mercancías son vendidas y las materias primas e instrumentos utilizados son pagados, no se le da a los trabajadores el valor restante de sus productos en sus salarios; se les da menos. En otras palabras, durante cada día de trabajo, los trabajadores realizan cierta cantidad de trabajo no remunerado, trabajo forzado, por el cual no reciben equivalente alguno.

La realización de este trabajo no remunerado, este trabajo forzado, es otra «condición para la supervivencia» en la sociedad capitalista. Sin embargo, como la alienación, esta condición no es impuesta por la naturaleza, sino por la práctica colectiva de las personas, por sus actividades cotidianas. Antes de la existencia de los sindicatos, un trabajador individual aceptaba cualquier trabajo forzado que estuviese disponible, ya que el rechazo del trabajo habría significado que otros trabajadores aceptasen los términos disponibles de intercambio, y el trabajador individual no recibiría salario alguno. Los trabajadores competían unos con otros por los salarios ofrecidos por los capitalistas; si un trabajador renunciaba porque el salario era inaceptablemente bajo, un trabajador desempleado estaba dispuesto a reemplazarlo, ya que para el desempleado un pequeño salario es más que ningún salario. Esta competencia entre trabajadores fue llamado «trabajo libre» por los capitalistas, quienes hicieron grandes sacrificios por mantener la libertad de los trabajadores, dado que era precisamente esta libertad la que preservaba el plusvalor del capitalista y le hacía posible acumular Capital. No era el fin de ningún trabajador producir más bienes que por los que se le pagaba. Su fin era obtener un salario que fuese lo mayor posible.

Sin embargo, la existencia de trabajadores que no obtenían salario alguno, y cuya concepción de un gran salario era en consecuencia más modesto que el del trabajador empleado, hizo posible que el capitalista contratara trabajo por menor salario. De hecho, la existencia de trabajadores desempleados hizo posible que el capitalista pagara el menor salario por el cual los trabajadores estuviesen dispuestos a trabajar. Entonces el resultado de la actividad cotidiana colectiva de los trabajadores, cada cual luchando individualmente por el mayor salario posible, fue la reducción de los salarios para todos; el efecto de la competencia de cada cual contra todos fue que todos obtuvieron el menor salario posible, y el capitalista obtuvo el mayor plusvalor posible.

La práctica cotidiana de todos anula las finalidades de cada cual. Pero los trabajadores no sabían que su situación era producto de su propia conducta cotidiana; sus propias actividades no les eran transparentes. Para los trabajadores parecía que los bajos salarios eran simplemente una parte natural de la vida, como la enfermedad y la muerte, y que la caída de los salarios era una catástrofe natural, como una inundación o un invierno duro. Las críticas de los socialistas y los análisis de Marx, como también un incremento en el desarrollo industrial que otorgó más tiempo a la reflexión, desnudaron algunos de los velos e hicieron posible a los trabajadores ver a través de sus actividades en algún grado. Sin embargo en la Europa occidental y en los Estados Unidos, los trabajadores no se deshicieron de la forma capitalista de vida cotidiana; formaron sindicatos. Y en las condiciones materiales distintas de la Unión Soviética y la Europa oriental, los trabajadores (y campesinos) reemplazaron a la clase capitalista por una burocracia estatal que compra el trabajo alienado y acumula Capital en nombre de Marx.

Con los sindicatos, la vida cotidiana es similar a la que era antes de los sindicatos. De hecho, es acaso lo mismo. La vida cotidiana sigue consistiendo en trabajo, en actividad alienada, y en trabajo no remunerado, o trabajo forzado. El trabajador sindicalizado pone los términos de su alienación; los funcionarios sindicales hacen esto por él. Los términos según los cuales la actividad del trabajador es alienada ya no son más guiados por la necesidad del trabajador individual de aceptar lo que esté disponible; son guiados ahora por la necesidad del burócrata sindical de mantener su posición como proxeneta entre los vendedores de trabajo y los compradores.

Con o sin los sindicatos, el plusvalor no es ni producto de la naturaleza ni del Capital; es creado por las actividades cotidianas de las personas. En la realización de sus actividades cotidianas, las personas no solo se disponen a alienar estas actividades, además

se disponen a reproducir las condiciones que les fuerzan a alienar sus actividades, a reproducir el Capital y por ende el poder del Capital de comprar trabajo. Esto no es porque no sepan «cuál es la alternativa». Una persona que está incapacitada por indigestión crónica porque come demasiadas grasas no sigue comiendo grasas porque no sepa cuál es la alternativa. O bien prefiere estar incapacitado a abandonar las grasas, o bien no le es claro que su consumo diario de grasas le provoca su incapacidad. Y si su doctor, su predicador, su profesor y su político le dicen, primero, que las grasas son lo que le mantiene vivo, y segundo, que ellos ya hacen por él todo lo que él haría si estuviese bien, entonces no es sorpresa que su actividad no le sea transparente y que no haga gran esfuerzo por volverla transparente.

La producción de plusvalor es una condición de supervivencia, no para la población, sino para el sistema capitalista. El plusvalor es la porción del valor de las mercancías producidas por el trabajo que no es devuelta a los trabajadores. Puede ser expresada ya sea en mercancías o en dinero (tal como el Capital puede ser expresado ya sea como cantidad de cosas o de dinero), pero esto no altera el hecho de que es una expresión para el trabajo materializado que se almacena en una cantidad dada de productos. Dado que los productos pueden ser intercambiados por una cantidad «equivalente» de dinero, el dinero «simboliza», o representa, el mismo valor que los productos. El dinero puede, a su vez, ser intercambiado por otra cantidad de productos de valor «equivalente». El conjunto de estos intercambios, que toma lugar simultáneamente durante la realización de la vida cotidiana capitalista, constituye el proceso capitalista de circulación. Es por medio de este proceso que toma lugar la metamorfosis de plusvalor en Capital.

La porción de valor que no vuelve al trabajo, es decir el plusvalor, permite al capitalista existir, y además le permite hacer mucho más que simplemente existir. El capitalista invierte una porción

de este plusvalor; contrata nuevos trabajadores y compra nuevos medios de producción; expande su dominio. Lo que esto significa es que el capitalista acumula nuevo trabajo, tanto en la forma del trabajo vivo que contrata como del trabajo pasado (pagado y no pagado) que se almacena en las materias y máquinas que compra.

La clase capitalista como un todo acumula el plus-trabajo de la sociedad, pero este proceso toma lugar a escala social y en consecuencia no puede ser visto si uno observa solo las actividades de un capitalista individual.

Debe recordarse que los productos comprados por un capitalista dado con instrumentos tienen las mismas características que los productos que vende. Un primer capitalista vende instrumentos a un segundo capitalista por una suma de valor dada, y solo una parte de este valor es devuelta a los trabajadores en forma de salario; la parte restante es plusvalor, con el cual el primer capitalista compra nuevos instrumentos y trabajo. El segundo capitalista compra los instrumentos por un valor dado, lo que significa que paga por la cantidad total de trabajo hecho al primer capitalista, la cantidad de trabajo que fue remunerada como también la cantidad realizada libre de costo. Esto significa que los instrumentos acumulados por el segundo capitalista contienen el trabajo no remunerado realizado por el primero. El segundo capitalista, a su vez, vende sus productos por un valor dado, y devuelve solo una porción de este valor a sus trabajadores; usa el resto para nuevos instrumentos y trabajo.

Si todo el proceso fuese apretado en un solo período de tiempo, y si todos los capitalistas fuesen agrupados en uno, se vería que el valor con el que el capitalista adquiere nuevos instrumentos y trabajo es igual al valor de los productos que no devolvió a los productores. Este plus-trabajo acumulado es el Capital.

En términos de la sociedad capitalista como un todo, el Capital total es igual a la suma del trabajo no remunerado realizado por

generaciones de seres humanos cuyas vidas consistieron de la alienación cotidiana de su actividad de vida. En otras palabras, el Capital, de cara al cual las personas venden sus días de vida, es el producto de la actividad vendida por las personas, y es reproducido y expandido cada día que una persona vende otro día de trabajo, en cada momento que decide seguir viviendo la forma capitalista de vida cotidiana.

ALMACENAJE Y ACUMULACIÓN DE ACTIVIDAD HUMANA

La transformación de plustrabajo en Capital es una forma histórica específica de un proceso más general, el proceso de industrialización, la transformación permanente del entorno material del ser humano.

Ciertas características esenciales de esta consecuencia de la actividad humana bajo el capitalismo pueden ser comprendidas por medio de una ilustración simplificada. En una sociedad imaginaria, las personas pasan la mayor parte de su tiempo activo produciendo alimentos y otras necesidades; solo parte de su tiempo es «plust tiempo» en el sentido en que está exento de la producción de necesidades. Este excedente de actividad podría ser dedicado a la producción de alimentos para sacerdotes y guerreros, quienes no producen por sí mismos; podría ser usado para producir bienes que son quemados para ocasiones sagradas; podría ser gastado en la realización de ceremonias o de ejercicios gimnásticos. En cualquiera de estos casos, es probable que las condiciones materiales de estas personas no cambien, de una generación a otra, como resultado de sus actividades cotidianas.

Sin embargo, una generación de personas de esta sociedad imaginaria podría almacenar su plust tiempo en vez de usarlo. Por ejemplo, podrían pasar su plust tiempo enrollando resortes

de motor. La siguiente generación podría desenrollar la energía almacenada en los resortes para realizar tareas necesarias, o podría simplemente usar la energía de los resortes para enrollar nuevos resortes de motor. En cualquier caso, el plustrabajo almacenado de la generación anterior proveerá a la nueva generación de una mayor cantidad de excedente de tiempo de trabajo. La nueva generación podría además almacenar este excedente en resortes de motor y en otros receptáculos. En un tiempo relativamente corto, el trabajo almacenado en los resortes excederán al tiempo de trabajo disponible a cualquier generación viva; con el gasto de relativamente poca energía, las personas de esta sociedad imaginaria serán capaces de emplear los resortes para la mayor parte de sus tareas necesarias, y también para la tarea de enrollar nuevos resortes para las generaciones venideras. La mayor parte de las horas de vigilia que previamente gastaban produciendo necesidades estarán ahora disponibles para actividades que no están dictadas por la necesidad sino proyectadas por la imaginación.

A primera vista parece improbable que las personas dediquen sus horas de vigilia a la bizarra tarea de enrollar resortes. Parece tan improbable, aún si enrollasen resortes, que los almacenaran para las generaciones futuras, ya que el desenrolle de los resortes podría proveer, por ejemplo, de un maravilloso espectáculo en los días festivos.

Sin embargo, si las personas no dispusieran de sus propias vidas, si su actividad de trabajo no fuese suya, si su actividad práctica consistiera en trabajo forzado, entonces la actividad humana podría bien ser atada a la tarea de enrollar resortes, la tarea de almacenar tiempo de trabajo excedente en receptáculos materiales. El rol histórico del Capitalismo, un rol realizado por personas que aceptaron la legitimidad de que otros dispusieran de sus vidas, consistió precisamente en almacenar actividad humana en receptáculos materiales por medio del trabajo forzado.

Tan pronto como las personas se someten al «poder» del dinero para comprar trabajo almacenado como también actividad viviente, tan pronto como aceptan el «derecho» ficticio de los detentores del dinero a controlar y disponer de lo almacenado como también de la actividad viviente de la sociedad, transforman el dinero en Capital y a los propietarios del dinero en Capitalistas.

Esta doble alienación, la alienación de la actividad viva en forma de trabajo asalariado, y la alienación de la actividad de generaciones pasadas en forma de trabajo almacenado (medios de producción), no es un sólo acto que tomó lugar en algún momento de la historia. La relación entre trabajadores y capitalistas no es algo que se impuso a la sociedad en algún punto del pasado, de una sola vez y por siempre. En ningún momento los seres humanos firmaron un contrato, o siquiera un acuerdo verbal, en el que renunciasen al poder sobre su actividad viva, y en el que renunciasen al poder sobre la actividad viva de todas las generaciones futuras en todas partes del globo.

El Capital usa la máscara de una fuerza natural; parece tan sólido como la tierra misma; sus movimientos parecen tan irreversibles como las olas; sus crisis parecen tan inevitables como los terremotos y las inundaciones. Incluso cuando se admite que el poder del Capital es creado por seres humanos, esta admisión puede meramente ser la ocasión para la invención de una máscara aún más imponente, la máscara de una fuerza artificial, un monstruo Frankenstein, cuyo poder inspira más terror que cualquier fuerza natural. Sin embargo, el Capital no es ni una fuerza natural ni un monstruo artificial creado en algún momento del pasado y que domina la vida humana desde entonces. El poder del Capital no reside en el dinero, ya que el dinero es una convención social que no tiene más «poder» que el que los seres humanos se disponen a otorgarle; cuando los seres humanos se rehúsan a vender su trabajo, el dinero no puede realizar ni la tarea más simple, porque el dinero no «trabaja».

Tampoco el poder del Capital reside en los receptáculos materiales en los que el trabajo de las generaciones pasadas se almacena, ya que la energía potencial almacenada en estos receptáculos puede ser liberada por la actividad de personas vivas sea o no que los receptáculos sean Capital, es decir «propiedad» ajena. Sin actividad viva, la colección de objetos que constituyen el Capital de la sociedad sería meramente un montón esparcido de artefactos variados sin vida propia, y los «propietarios» del Capital serían meramente una variedad esparcida de personas raramente a-creativas (por medio de entrenamiento) que se rodean de pedazos de papel en un vano intento por resucitar memorias de grandeza pasada.

El único «poder» del Capital reside en las actividades diarias de personas vivientes. Este «poder» consiste en la disposición de las personas a vender sus actividades diarias a cambio de dinero, y a renunciar al control sobre los productos de su propia actividad y de la actividad de generaciones anteriores.

Tan pronto como una persona vende su trabajo a un capitalista y acepta sólo una parte de su producto como pago por ese trabajo, crea las condiciones para la compra y explotación de otras personas. Ninguna persona daría a voluntad su brazo o su hijo a cambio de dinero; pero cuando una persona vende deliberada y conscientemente su vida laboral para adquirir las necesidades de la vida, no sólo reproduce las condiciones que siguen haciendo de la venta de su vida una necesidad para su preservación; también crea las condiciones que hacen de la venta de la vida una necesidad para otras personas.

Generaciones posteriores pueden por supuesto rehusarse a vender sus vidas laborales por la misma razón que aquel se rehúsa a vender su brazo; sin embargo cada fracaso en rehusarse al trabajo alienado y forzado agranda el suministro de trabajo almacenado con el que el Capital puede comprar vidas laborales.

Para transformar el excedente de trabajo en Capital, el capitalista debe encontrar un modo de almacenarlo en receptáculos materiales, en nuevos medios de producción. Y debe emplear a nuevos trabajadores para activar los nuevos medios de producción. En otras palabras, debe agrandar su empresa, o comenzar una nueva empresa en una rama distinta de la producción.

Esto presupone o requiere la existencia de materiales que puedan ser moldeados en nuevas mercancías vendibles, la existencia de compradores de los nuevos productos, y la existencia de personas que son lo suficientemente pobres como para estar dispuestos a vender su trabajo. Estos requerimientos son a su vez creados por la actividad capitalista, y los capitalistas no reconocen límites u obstáculos para su actividad; la democracia del Capital demanda absoluta libertad. El imperialismo no es solamente la «última etapa» del Capitalismo; es también la primera.

Todo lo que pueda ser transformado en un bien comercializable es molienda para el molino del Capital, ya sea que esté en la tierra del capitalista o en la del vecino, ya sea que esté sobre la tierra o debajo, que flote en el mar o se arrastre en el suelo, ya sea que esté confinado a otros continentes u otros planetas. Todas las exploraciones humanas de la naturaleza, desde la Alquimia a la Física, se movilizan para buscar nuevos materiales donde almacenar trabajo, para encontrar nuevos objetos para que se le enseñe a alguien a comprarlos.

Los compradores de viejos y nuevos productos se crean mediante todos los medios disponibles, y se descubren constantemente nuevos medios. «Mercados abiertos» y «puertas abiertas» se establecen por la fuerza y el fraude.

Si las personas carecen de los medios para comprar los productos de los capitalistas, son empleados por capitalistas y se les paga para producir los bienes que quieren comprar; si los artesanos locales ya producen lo que los capitalistas tienen para vender, se

les arruina o se les compra; si las leyes o las tradiciones prohíben el uso de ciertos productos, las leyes y las tradiciones son destruidas; si las personas carecen de los objetos para usar los productos de los capitalistas, se les enseña a comprar esos objetos; si a las personas se les acaban las necesidades físicas o biológicas, entonces los capitalistas «satisfacen» sus «necesidades espirituales» y emplean psicólogos para crearlas; si las personas están tan saciadas con los productos de los capitalistas que ya no pueden usar nuevos objetos, se les enseña a comprar objetos y espectáculos que no tienen otro uso que simplemente ser observados y admirados.

Personas pobres se encuentran en sociedades pre-agrícolas y agrícolas en todos los continentes; si no son lo suficientemente pobres como para estar dispuestos a vender su trabajo cuando llegan los capitalistas, se les empobrece mediante las actividades de los capitalistas mismos. Las tierras de los cazadores gradualmente se vuelven «propiedad privada» de «propietarios» que usan la violencia de Estado para restringir a los cazadores a «reservas» que no contienen suficiente alimento como para mantenerse vivos.

Las herramientas de los campesinos gradualmente se vuelven disponibles sólo de parte del mismo mercader que generosamente les presta el dinero con el cual comprar las herramientas, hasta que las «deudas» de los campesinos son tan grandes que se ven forzados a vender tierra que ni ellos ni ninguno de sus ancestros hubo nunca comprado.

Los compradores de productos de artesanos gradualmente se van reduciendo a los mercaderes que comercializan los productos, hasta que llega el día en que un mercader decide alojar a «sus artesanos» bajo el mismo techo, y les provee de los instrumentos que les permitirán concentrar su actividad en la producción de los artículos más rentables. Cazadores, campesinos y artesanos independientes y dependientes, personas libres y esclavos, son transformados en trabajadores empleados.

Aquellos que antes disponían de sus propias vidas al enfrentarse a condiciones materiales hostiles dejan de disponer de sus propias vidas precisamente cuando asumen la tarea de modificar sus condiciones materiales. Aquellos que antes fueron creadores conscientes de su propia existencia frugal se vuelven víctimas inconscientes de su propia actividad aún cuando suprimen la frugalidad de su existencia. Personas que eran mucho pero tenían poco ahora tienen mucho pero son poco.

La producción de nuevas mercancías, la «apertura» de nuevos mercados, la creación de nuevos trabajadores, no son tres actividades separadas; son tres aspectos de la misma actividad. Una nueva fuerza de trabajo se crea precisamente para producir nuevas mercancías. Los salarios recibidos por estos trabajadores son en sí mismos el nuevo mercado, su trabajo no remunerado es la fuente de nuevas expansiones. Ni las barreras naturales ni culturales detienen la expansión del Capital, la transformación de la actividad cotidiana de las personas en trabajo alienado, la transformación de su plustrabajo en «propiedad privada» de los capitalistas.

Sin embargo, el Capital no es una fuerza natural. Es un conjunto de actividades realizadas por personas todos los días. Es una forma de vida cotidiana. Su existencia y su expansión continuada presupone sólo una condición esencial: la disposición de las personas a seguir alienando sus vidas laborales y así reproducir la forma capitalista de vida cotidiana.

Cada vez que las personas realizan una actividad no se tienen a sí mismos definidos y no controlan, cada vez que pagan por bienes que produjeron con dinero que recibieron a cambio de su actividad alienada, cada vez que admiran pasivamente los productos de su propia actividad como objetos extraños procurados por su dinero, le dan nueva vida al Capital y aniquilan sus propias vidas.



Ediciones Extáticas